

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

ARTURO ALESSANDRI RODRÍGUEZ

Profesor Extraordinario de Derecho Civil de la Universidad de Chile y Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la misma Universidad

DE LA RESPONSABILIDAD EXTRA CONTRACTUAL EN EL DERECHO CIVIL CHILENO

(Título 35 del Libro IV del Código Civil)

© ARTURO ALESSANDRI RODRÍGUEZ

© EDITORIAL JURÍDICA DE CHILE
Carmen 8, 4° piso, Santiago

Registro de Propiedad Intelectual
Inscripción N° 149.645, año 2005
Santiago - Chile

Se terminó de reimprimir esta primera edición
de 600 ejemplares en el mes de septiembre de 2005

IMPRESORES: Imprenta Salesianos S. A.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ISBN 956-10-1644-3



DE LAS PRESUNCIONES DE CULPABILIDAD

192. Principio. En el sistema de la responsabilidad subjetiva adoptado por nuestro C. C., la víctima de un daño no puede obtener reparación sino a condición de probar el dolo o la culpa de su autor (N^{os} 27 y 77). En ciertos casos, sin embargo, el legislador, a fin de facilitar esta prueba y hacer más expedita la acción de aquélla, presume la existencia de la culpa; hay entonces una *presunción de culpabilidad*.¹

193. Efectos de estas presunciones. Cuando así ocurre, la víctima no necesita probar la culpa de la persona cuya responsabilidad se presume; le bastará acreditar los hechos de los cuales la ley deriva la presunción. Establecidos éstos, quedan establecidas esa culpa y la relación causal entre ella y el daño, es decir, que éste tiene por causa la culpa de dicha persona; de lo contrario, la presunción no serviría de nada.²

La persona cuya culpabilidad se presume, deberá probar que empleó la debida diligencia o cuidado, que el daño provino de una causa extraña que no le es imputable o que no existe relación de causalidad entre su culpa y el daño. Sin ello no podrá exonerarse de responsabilidad.

194. Enumeración. Las presunciones de culpabilidad que establece nuestro Código Civil pueden agruparse en tres categorías:

1^a. Por el hecho propio (art. 2329).

2^a. Por el hecho ajeno (arts. 2320, 2321 y 2322).

3^a. Por el hecho de las cosas (arts. 2323, 2324, 2326 2327 y 2328).

¹ PLANIOL, obra citada, tomo II, 10^a edición, N° 906, pág. 317; JOSSERAND, obra citada, tomo II, 2^a edición, N° 488, pág. 264; DE PAGE, obra citada, tomo II, N° 912, pág. 762; COLIN Y CAPITANT, obra citada, tomo II, 6^a edición, págs. 366 y 367.

² DE PAGE, obra citada, tomo II, N° 955, pág. 808 y N° 969, pág. 822; MAZEAUD, obra citada, 2^a edición, tomo I, N° 769, pág. 684 y N° 816, pág. 714; tomo II, N°s 1434 a 1437 págs. 335 y 336 y N°s 1695 a 1697, págs. 535 y 536; DEMOGUE, obra citada, tomo V, N° 822, pág. 8; PIRSON Y DE VILLÉ, obra citada, tomo I, N° 73, pág. 175 y N° 86, pág. 201.

I. RESPONSABILIDAD POR EL HECHO PROPIO

195. Principio.¹ En nuestro concepto, y apartándonos de la opinión generalmente admitida, según la cual el art. 2329 no sería sino la repetición o confirmación de la regla consignada en el art. 2314,² ese precepto establece una presunción de culpabilidad cuando el daño proviene de un hecho que, por su naturaleza o por las circunstancias en que se realizó, es susceptible de atribuirse a culpa o dolo del agente, por ejemplo, un choque de trenes. La víctima de un choque de esta especie no necesita probar la culpa de la empresa o de sus dependientes, le bastará acreditar el choque y el daño que sufrió a consecuencia de él. El choque de trenes es un hecho que, por su naturaleza, supone culpa; los trenes deben movilizarse en condiciones de no chocar.

196. Razones que demuestran la existencia de esta presunción. Las razones que nos inducen a pensar así son:

1º. La colocación del art. 2329: el Código, después de haber señalado en los arts. 2320 a 2328 los casos en que se presume la culpabilidad de una persona por el daño causado por otra que está a su cuidado o servicio, por la ruina de un edificio que le pertenece, por un animal de que es dueño o de que se sirve o por las cosas que caen o se arrojan de la parte superior de aquél, termina diciendo en el art. 2329: *por regla general todo daño, etc.*

Esta colocación y la frase inicial del referido artículo permiten sostener que el Código, después de señalar esos casos, quiso dictar una regla que comprendiere los demás análogos que pudiesen haberse omitido. Por eso comienza diciendo *por regla general*. Con ello quiso significar que lo que ocurre en los casos de los artículos anteriores ocurre también en él, y como en ellos la culpabilidad se presume, otro tanto sucede en el caso de todo daño que pueda imputarse a malicia o negligencia de otra persona. De lo contrario, sería inexplicable el empleo de la expresión *por regla general*, cuanto más que era innecesario sentar nuevamente el principio de que todo daño causado con malicia o negligencia debía repararse, pues ya estaba formulado con caracteres de bastante generalidad en el art. 2314 con que se inicia el Título "De los delitos y cuasidelitos".

2º. La redacción misma del art. 2329: el legislador no dice que "todo daño causado, cometido u ocasionado por malicia o negligencia de una persona", ni que "todo daño proveniente de la malicia o negligencia de otro", como habría debido decir si hubiera querido establecer una responsabilidad a base de culpa probada, sino que "todo daño que pueda imputarse a malicia o negligencia de otra persona, debe ser reparado por esta".

¹ Las opiniones sustentadas en este número y en los siguientes, hasta el N° 203 inclusive, son las mismas que el autor emitió en el trabajo intitulado "Une nouvelle interprétation de l'article 2329 du Code Civil chilien", que se publica en la pág. 9 de los *Études de Droit Civil à la mémoire de Henri Capitant*, editados por la Librairie Dalloz, París.

² Rev., tomo 3, 2ª parte, sec. 1ª, pág. 60, consid. 2º; tomo 29, 2ª parte, sec. 1ª, pág. 549, consid. 4º (ambas de la Corte Suprema).

El empleo de la forma subjuntiva *pueda*, que es sinónima de estas otras: *que sea posible, que sea susceptible*, no da la idea de algo que necesariamente debe ser sino de algo que *puede ser*. Es como si dijera: "todo daño que *sea posible* imputar a malicia o negligencia", o bien, "todo daño *susceptible* de imputarse, etc.". El legislador no da por establecido que el daño provenga de dolo o culpa, ni obliga a repararlo sólo en caso de probarse uno u otra. Partiendo de la base de que hay daños que pueden provenir de malicia o negligencia de una persona, dice que cuando el daño sea de aquellos que puedan tener este origen, cuando *pueda* imputarse a esa causa, cuando es racional suponer que ha podido o debido derivar del dolo o de la culpa del agente, éste debe repararlo, con lo cual da a entender que mientras no se establezca lo contrario, pesa sobre él esa obligación.

3º. Los ejemplos que contiene: todos suponen la ejecución de un hecho demostrativo de culpa por sí solo.

El disparo imprudente de un arma de fuego es un acto culpable en sí mismo. Quien dispara tal arma en un recinto cerrado donde hay varias personas, ejecuta un hecho que denota culpa sin necesidad de mayor demostración. Acreditado él, queda establecida la responsabilidad del agente, a menos que pruebe su inculpabilidad.

Lo mismo sucede con la remoción de las losas de una acequia o cañería en una calle o camino sin las necesarias precauciones, o con el hecho de mantener en mal estado un puente o acueducto que atraviesa un camino y a cuya reparación o construcción se está obligado. Tales hechos son por su naturaleza demostrativos de culpa: si sobreviene un daño es racional atribuirlo a ella. Quien sufre un accidente a consecuencia de esas circunstancias, no necesita probar la culpa del autor del daño; le bastará acreditar que éste removió las losas de una acequia o cañería en la forma que indica el N° 2 del art. 2329 o que el acueducto o puente en donde aquél se produjo estaba en mal estado y que era obligación del demandado conservar o reparar dicho puente o acueducto, para que se presuma la culpabilidad de éste, porque se trata de un daño que, por la naturaleza del hecho que lo causó, por las circunstancias en que se realizó, es de aquellos que *pueden* imputarse a negligencia.

4º. La necesidad de que el art. 2329 no sea un precepto inútil y desprovisto de sentido, como sucedería si se limitare a repetir o confirmar la regla del art. 2314. El Código no necesitaba decir nuevamente que el daño causado por dolo o culpa debe ser reparado por su autor; ya lo había dicho en el art. 2314. En cambio, de acuerdo con nuestra interpretación, el art. 2329 aparece como un precepto distinto de aquél y de enorme utilidad, como quiera que en ciertos casos releva a la víctima del *onus probandi*.

Entre ambas interpretaciones, no parece dudosa la elección. No sólo es racional suponer que las leyes se dictan con algún objeto, sino que todo aconseja, en la duda, preferir la interpretación más útil y conveniente para el interés social, sobre todo en una materia, como ésta, en que hay ventaja manifiesta en ampliar el ámbito de la responsabilidad.

197. El art. 2329 ante la jurisprudencia. Nuestros tribunales no parecen dar este alcance al art. 2329. La Corte Suprema, en los pocos casos en que ha tenido oportunidad de aplicarlo, ha dicho que es una regla concordante con la del art. 2314¹ o que se limita a repetir en otra forma, pero en términos más absolutos, la que aquél contiene² y que, para demandar perjuicios con arreglo a ella, es menester que el damnificado acredite haber sufrido el daño por malicia o negligencia de la persona a quien lo imputa.³ Sin embargo, la Corte de Apelaciones de Santiago, más por intuición que por una cabal comprensión de la ley, ha declarado varias veces que hay casos, como el de accidentes producidos por un choque de trenes, en que basta establecer éste para que la culpa fluya o se presume por sí sola, porque no hay nada que explique o justifique ese choque,⁴ y la Corte Suprema ha agregado que la sentencia recurrida "no tenía para qué calificar ese hecho como cuasidelito de manera expresa, ya que la ley y la propia naturaleza de él dan esa calificación jurídica".⁵

La Corte de Casación de Colombia, en cambio, se ha pronunciado francamente en el sentido de que el art. 2356 del C. C. colombiano, que es la reproducción literal de nuestro art. 2329, establece una presunción de culpabilidad cuando el daño proviene de actividades caracterizadas por su peligrosidad (Nº 203 bis).

198. Casos en que procede esta presunción. La presunción de culpabilidad que, según nosotros, establecería el art. 2329, sólo procede cuando el hecho que causó el daño, por su propia naturaleza o por las circunstancias en que se realizó, es susceptible de imputarse a malicia o negligencia del agente.

Hay hechos que por sí mismos denotan la culpabilidad de su autor, porque provienen ordinariamente de malicia o negligencia. Dentro de las probabilidades humanas, es razonable atribuirlos a dolo o culpa. Su sola realización induce a pensar que no han podido verificarse sin él o ella, como un choque de trenes o de otros vehículos (tranvías, automóviles), el hecho de caerse un ascensor, el incendio producido por las chispas de una locomotora, etc. En tales casos, la sola existencia del hecho perjudicial basta para presumir que hubo culpa. No es normal que los trenes o los automóviles choquen, ni que los ascensores se caigan; si así ha ocurrido, es porque ha habido una imprudencia o descuido de alguien. Es lo que nos dice la razón natural.⁶

¹ Rev., tomo 3, 2ª parte, sec. 1ª, pág. 60 (consid. 2º).

² Rev., tomo 29, 2ª parte, sec. 1ª, pág. 549 (consid. 4º).

³ Rev., tomo 3, 2ª parte, sec. 1ª, pág. 60. Véase en el mismo sentido: Rev., tomo 5, 2ª parte, sec. 1ª, pág. 443 (Corte de Apelaciones de Santiago, consid. 4º).

⁴ Rev., tomo 9, 2ª parte, sec. 2ª, pág. 25 (consid. 7º de 2ª instancia); tomo 12, 2ª parte, sec. 1ª, pág. 308 (consid. 4º de 1ª instancia); tomo 22, 2ª parte, sec. 1ª, págs. 785 (consid. 2º de 1ª instancia) y 912 (consids. 4º de 1ª instancia y 1º de 2ª instancia); tomo 27, 2ª parte, sec. 1ª, pág. 240 (consid. 2º de 2ª instancia); tomo 29, 2ª parte, sec. 1ª, pág. 570 (consid. de 2ª instancia).

⁵ Rev., tomo 29, 2ª parte, sec. 1ª, pág. 570.

⁶ GIORGI, *Teoría de las obligaciones en el Derecho Moderno*, versión española, tomo V, Nº 157, pág. 240; DEMOGUE, obra citada, tomo III, Nº 267, pág. 445 y JOSSERAND, obra citada, tomo II, 2ª edición, Nº 468, pág. 250, admiten esta presunción, pero como judicial.

Si por su naturaleza o por las circunstancias en que se realizó, el hecho no es de aquellos que permitan atribuirlo a dolo o culpa del agente, si su realización no hace presumir por sí sola la culpabilidad de alguien, porque ha podido tener otras causas, la presunción no rige, y recobra su imperio el derecho común: la víctima deberá probar el dolo o la culpa de aquél. Es lo que ocurre con la muerte de una persona en un baño de natación, con la explosión de una caldera o con el naufragio o varamiento de una nave: no es posible determinar su causa *a priori*; tales hechos han podido provenir de la culpa de un tercero, del capitán de la nave o de la persona a cargo de la caldera, según el caso, pero también de culpa de la víctima, de un caso fortuito, de un defecto de construcción, etc.

La presunción de culpabilidad depende, pues, de la naturaleza del hecho o de las circunstancias en que se realizó. De ahí que un mismo hecho pueda o no originarla: el disparo de un arma de fuego en un recinto cerrado donde hay varias personas, es un acto imprudente de por sí, que envuelve una presunción de culpabilidad en caso de que con él se cause un daño; en cambio, ese mismo disparo en un polígono de tiro al blanco no hace presumir culpa por sí solo. Pero establecido en el proceso que el daño proviene de un hecho que, por su naturaleza o por las circunstancias en que se verificó, es racional atribuirlo a dolo o culpa, porque de ordinario tiene por causa la malicia o negligencia de alguien, los jueces deberán presumir la culpabilidad de su autor hasta tanto éste no acredite lo contrario.

Es indiferente que el hecho sea inmediato o mediato (Nº 54). Lejos de distinguir, la ley contempla ambos, como lo demuestran los ejemplos señalados en el art. 2329: el del Nº 1º es un hecho inmediato; los de los Nºs 2º y 3º son mediatos.

199. Extensión de la regla del art. 2329. Esta presunción de culpabilidad se aplica en todos los casos en que el hecho presente los caracteres señalados en el número anterior y no sólo en los que menciona el art. 2329. La enumeración que contiene, como ha dicho la Corte Suprema, no es taxativa, sino por vía de ejemplo.¹ Así lo denota la expresión *especialmente*: el legislador quiso significar con ella que de los diversos casos en que es aplicable la presunción del inciso 1º, en los tres que señala no hay dudas al respecto.

200. Excepción. Esta presunción no rige, aunque el hecho sea de aquellos que la engendran, si consiste en el atropellamiento de un peatón por un vehículo de tracción mecánica o animal en el radio urbano de una ciudad, pero en otro sitio de las calzadas que el señalado en el inciso 2º del art. 492 C. P. (Nº 209). En conformidad al inciso final del mismo artículo, se presume entonces la culpabilidad del peatón, a menos que el conductor haya contravenido las ordenanzas municipales con respecto a la velocidad

¹ Rev., tomo 32, 2ª parte, sec. 1ª, pág. 93 (consid. 6º).

o al lado de la calzada que debe tomar, en cuyo caso se le aplicaría la presunción del citado art. 492 C. P. (N° 211).

201. Efectos de la presunción. Si se acepta nuestro criterio, tratándose de un hecho susceptible de engendrar esta presunción, la víctima no necesita probar la culpa del autor del daño, ni la relación causal entre éste y aquélla; le bastará establecer la existencia del hecho perjudicial.¹ Si se trata, por ejemplo, de un accidente ocasionado por un choque de trenes² o de automóviles o por el hecho de caerse un ascensor, la víctima deberá probar únicamente el daño sufrido a consecuencia de ese choque o de la caída del ascensor.

Establecidas estas circunstancias, se presumirá la culpa del demandado y la relación causal entre esa culpa y el daño, y será dicho demandado quien deberá probar su irresponsabilidad acreditando que el hecho acaeció sin culpa de su parte, por un caso fortuito, por imprudencia exclusiva de la víctima o de un tercero, etc. En defecto de esta prueba, será condenado a la reparación.³

202. Prueba que debe producirse en los casos contemplados en los N°s 1°, 2° y 3° del art. 2329. Por lo mismo, en los casos señalados en los N°s 1° a 3° del art. 2329, la víctima no necesita probar la culpa o el dolo del agente. Le bastará acreditar que el daño se produjo por un disparo de arma de fuego hecho por aquél en condiciones que hagan presumirlo imprudente; que las losas de una acequia o cañería en donde se causó el daño habían sido removidas por el demandado sin adoptar las precauciones necesarias para que no caigan los que por allí transitan, o que el acueducto o puente en donde se dañó estaba en mal estado y pesaba sobre el demandado la obligación de construirlo o repararlo.

Acreditados estos hechos, se presume la culpa del agente y la relación de causalidad entre ella y el daño, y aquél sólo podrá relevarse de responsabilidad probando que el hecho no acaeció por su culpa, que provino de un caso fortuito, de culpa exclusiva de la víctima o de un tercero, que adoptó las precauciones necesarias, que no era obligación suya reparar o construir el acueducto o puente, etc.

203. Ventajas de nuestra interpretación. De darse al art. 2329 el alcance que le hemos atribuido, la situación de la víctima mejoraría en forma considerable, pues en numerosos casos no necesitaría probar la culpa del autor del daño. El campo de aplicación de la responsabilidad se ampliaría

¹ DEMOGUE, obra citada, tomo III, N° 267, pág. 445; JOSSEAND, obra citada, tomo II, 2ª edición, N° 468, pág. 250; GIORGI, obra citada, tomo V, N° 157, pág. 240.

² Véanse las sentencias citadas en las notas 4 y 5 de la pág. 214.

³ Rev., tomo 22, 2ª parte, sec. 1ª, págs. 785 (consid. 2º de 1ª instancia) y 912 (consids. 1º a 3º de 2ª instancia); tomo 29, 2ª parte, sec. 1ª, pág. 570 (consid. de 2ª instancia); Gaceta, año 1897, tomo I, sent. 1582, pág. 961.

también enormemente, porque las más de las veces el daño proviene de un hecho demostrativo de culpa por sí solo. La responsabilidad presunta pasaría a ser así la regla general y el principio de que no hay responsabilidad delictual o cuasidelictual sin que se pruebe dolo o culpa, la excepción. Estas solas ventajas justifican nuestro criterio: es conveniente extender cuanto se pueda el ámbito de los preceptos que rigen la responsabilidad para dar plena satisfacción al principio de justicia que quiere que todo el que cause un daño injusto a otro lo repare.

Tal interpretación, por lo demás, no viola el texto legal, ni siquiera lo fuerza. Son sus propios términos los que permiten atribuírsela. A lo sumo, podrían estimarse ambiguos, y, en la duda, nadie negará que es preferible inclinarse por la interpretación que más beneficios reporta al interés general y que mejor tienda a realizar la justicia entre los hombres, fin primordial del derecho.

203 bis. Derecho comparado. En Colombia, el distinguido magistrado y jurista don Eduardo Zuleta Ángel, apoyado en argumentos similares a los expuestos en el N° 196, da al art. 2356 del C. C. colombiano, que es la reproducción literal del art. 2329 del C. C. chileno, una interpretación análoga a la nuestra, si bien limita el alcance de la presunción consagrada por ese precepto al caso en que el hecho generador del daño presente caracteres de peligrosidad. Y la Corte de Casación de Colombia ha admitido plenamente este criterio: en varias sentencias ha declarado que cuando el daño proviene de *actividades caracterizadas por su peligrosidad*, de que es ejemplo el uso y manejo de un automóvil o el empleo de una locomotora de vapor o de un motor, el hecho dañoso lleva en sí una presunción de culpa que releva a la víctima de la necesidad de tener que probar la del autor del daño.¹

Don Francisco Tafur Morales, en su obra *La nueva Jurisprudencia de la Corte*, segunda edición, de la cual hemos tomado las referencias contenidas en este número, admite también que el art. 2356 del C. C. colombiano consagra una presunción de culpabilidad, pero no sólo cuando el hecho dañoso ofrezca caracteres de peligrosidad, como sostiene el señor Zuleta, sino también —y en esto coincide con nosotros— cada vez que el daño provenga de un hecho que, por su naturaleza, pueda atribuirse a culpa de su autor, aunque no sea peligroso en sí mismo.²

204. Presunción en materia de accidentes causados por vehículos de tracción mecánica o animal.³ Se presume también la culpa del autor del daño

¹ Véanse estas sentencias en la Gaceta Judicial de Colombia, tomo XLVI, año 1938, N° 1934, pág. 211 y N° 1936, págs. 515 y 560.

² Obra citada, N° 46, pág. 109.

³ Sobre este problema en Francia y otros países, véanse COMBETTE, *Le piéton, usager de la route* y SAVATIER, obra citada, tomo I, N°s 13 a 26, págs. 18 a 37.

El art. 2054 del reciente Código Civil italiano da diversas reglas acerca de la responsabilidad derivada de los daños causados por vehículos.

cuando éste recae en un peatón y ha sido ocasionado por un vehículo de tracción mecánica o animal en los casos que señala el inciso 2° del art. 492 C. P., agregado por la Ley N° 4.205, de 18 de febrero de 1928 y modificado, a su vez, por el art. 47 de la Ley N° 6.827, de 28 de febrero de 1941.

Aunque este precepto forma parte del Código Penal y tiende a facilitar la penalidad del cuasidelito contemplado en el art. 492 de ese Código en los casos de atropellamiento de peatones, es aplicable también en materia civil, puesto que de ese cuasidelito emana una acción civil que puede ejercitarse separadamente de la penal (arts. 24 y 30 C. P. P.).¹

205. Requisitos. Para que se presuma la culpa del conductor del vehículo, es menester: 1° que éste sea de tracción mecánica o animal; 2° que el daño lo sufra un peatón y consista en lesiones o en su muerte; 3° que el accidente ocurra en el radio urbano de una ciudad, y 4° que el accidente acaezca en el cruce de las calzadas o en la extensión de diez metros anterior a cada esquina, a menos que el conductor haya contravenido las ordenanzas municipales con respecto a la velocidad o al lado de la calzada que debe tomar; es indiferente entonces el sitio de la calzada en que el hecho se produzca.

206. 1°. Vehículos de tracción mecánica o animal. El daño debe ser causado por un vehículo de *tracción mecánica o animal*, cualquiera que sea: coche, carretón, automóvil, tranvía, ferrocarril, motocicleta, etc.; la ley no distingue. Si el vehículo es de *tracción humana*, como una bicicleta o un carretón empujado o arrastrado por un hombre, no cabe presumir la responsabilidad de su conductor con arreglo al art. 492 C. P.; sólo podría aplicarse la del art. 2329 C. C. si el hecho queda comprendido en él.

207. 2°. Lesiones corporales o muerte de un peatón. El daño debe sufrirlo un *peatón*, es decir, una persona que camine a pie en el momento del accidente, y consistir en su *muerte* o en *lesiones corporales*. Si el daño lo sufre un ciclista, un jinete, el conductor o pasajero de otro vehículo o si recae en una cosa, no hay lugar a esta presunción. En caso de un choque de vehículos, aunque resulten muertos o heridos, no cabe, pues, presumir la responsabilidad de sus respectivos conductores con arreglo al art. 492 C. P., pero sí conforme al art. 2329 C. C.

Tampoco hay lugar a ella si el accidente se produce cuando la víctima pretendía subir al vehículo causante del accidente o a otro vehículo. El art. 492 C. P. se refiere a los accidentes causados a un peatón; quien pretende subir a un vehículo no es tal, porque no camina a pie en el momento del accidente. Así se ha fallado.²

¹ Véase la sentencia publicada en Rev., tomo 37, 2ª parte, sec. 1ª, pág. 94, en que la Corte de Apelaciones de Santiago aplicó este precepto en un juicio en que se perseguía la responsabilidad civil del conductor de un vehículo que atropelló a un peatón en el cruce de una calzada (consid. 9° de 1ª instancia).

² Gaceta, año 1939, tomo I, sent. 66; pág. 316, consid. 7° (Corte Suprema).

208. 3°. Radio en que debe acaecer el accidente. El accidente debe ocurrir dentro del radio urbano de una ciudad. La Ley N° 4.205, de 18 de febrero de 1928, tuvo precisamente por objeto sancionar en forma más eficaz los accidentes del tránsito en las ciudades.

Si el accidente ocurre fuera del radio urbano, no se presumirá la culpabilidad del conductor del vehículo, aunque acaezca en el cruce de dos calzadas o carreteras o en la extensión de diez metros anterior a cada esquina o aunque dicho conductor haya contravenido las ordenanzas municipales con respecto a la velocidad o al lado de la calzada que debe tomar, a no ser que le sea aplicable la presunción del art. 2329 C. C. La frase final del inc. 2° del art. 492 C. P., que alude a la contravención de tales ordenanzas, constituye una excepción a la regla general del mismo inciso y como dicha regla se refiere únicamente a los accidentes que ocurran en el radio urbano de una ciudad, la excepción no puede tener mayor alcance que ella.

209. 4°. Sitio en que debe acaecer el accidente. Es menester, por último, que el accidente se produzca en el cruce de las calzadas, entendiéndose por tal el área comprendida por la intersección de dos calzadas (art. 492, inc. 3°, C. P.), o en la extensión de diez metros anterior a cada esquina.

Si el accidente ocurre en otro sitio de las calzadas, no sólo no se presumirá la culpabilidad del conductor, ni aun con arreglo al art. 2329 C. C., sino, por el contrario, se presumirá la del peatón, conforme a lo dispuesto en el inciso final del art. 492 C. P. (N° 200). Pero si el conductor del vehículo ha contravenido las ordenanzas municipales con respecto a la velocidad o al lado de la calzada que debe tomar, se presumirá su culpabilidad, de acuerdo con el citado art. 492, cualquiera que sea el sitio de la calzada en que el accidente se produzca, siempre, naturalmente, que éste ocurra en el radio urbano de una ciudad por la razón ya dicha (N° 208). Así se desprende de la expresión *en todo caso* que emplea el inciso 2° del art. 492 C. P.

210. Efectos de la presunción. Concurriendo los requisitos antedichos, se presumirá la culpabilidad del conductor del vehículo, aunque el hecho no sea de aquellos que permitan presumirla según el art. 2329; la presunción de culpabilidad no emana de este precepto sino del art. 492 C. P.

En consecuencia, si el accidente que causó las lesiones o la muerte del peatón se produjo por un vehículo de tracción mecánica o animal dentro del radio urbano de una ciudad, en el cruce de las calzadas o en la extensión de diez metros anterior a cada esquina, o en cualquier sitio de ellas, pero dentro de ese mismo radio, por haber contravenido el conductor a las ordenanzas municipales con respecto a la velocidad o al lado de la calzada que debe tomar, el actor no necesita acreditar la culpa del conductor, ni la relación causal entre ella y el daño; le bastará probar el accidente en las circunstancias señaladas. Establecidas éstas, se presumirán esa culpa y la relación causal.

Será el conductor quien deberá probar su irresponsabilidad, acreditando que el hecho acaeció sin culpa de su parte, por un caso fortuito, por imprudencia exclusiva de la víctima o de un tercero, etc. La presunción es simplemente legal: el propio art. 492 C. P. deja a salvo la prueba en contra-

rio. En defecto de esta prueba, el conductor será condenado a la reparación y a la pena que corresponda.

El art. 492 C. P. sólo presume la culpabilidad del *conductor del vehículo*; no presume la de su dueño, poseedor o tenedor; si éste y aquél son distintos. Pero ello no obsta a que la culpa de dicho dueño, poseedor o tenedor se presume con arreglo a los arts. 2320 a 2322 C. C., si dicho conductor se halla respecto del dueño, poseedor o tenedor del vehículo en alguno de los casos a que esos artículos se refieren.

211. Casos en que no se aplica el art. 492 del Código Penal. Si falta cualquiera de los requisitos exigidos por el art. 492 C. P., por ejemplo, si el accidente es ocasionado por un vehículo de tracción humana o si, causado por un vehículo de tracción mecánica o animal, no daña a un peatón, sino a una cosa o al conductor o pasajero de otro vehículo, o acaece fuera del radio urbano de una ciudad, aunque se produzca en el cruce de las calzadas o en la extensión de diez metros anterior a una esquina o porque el conductor contravino las ordenanzas municipales con respecto a la velocidad o al lado de la calzada que debe tomar, la presunción no existe; lo que no se opone a que, para el solo efecto civil, pueda presumirse la culpabilidad del conductor con arreglo al art. 2329 si el hecho queda comprendido en él (N° 198).

Si el accidente ocurre en otro sitio de las calzadas que el cruce de ellas o la extensión de diez metros anterior a cada esquina, por ejemplo, en la mitad de la cuadra o a veinte metros de la esquina, tampoco cabe presumir la culpabilidad del conductor, ni aun con arreglo al art. 2329, ya que en tal caso la ley presume la del peatón,¹ y el inciso final del art. 492 C. P., que establece esta presunción, es de aplicación preferente por ser especial (N° 200); salvo que, tratándose de un accidente acaecido en el radio urbano de una ciudad, se pruebe que el conductor contravino las ordenanzas municipales con respecto a la velocidad o al lado de la calzada que debe tomar: se presumiría entonces su culpabilidad, porque en ese evento ésta se presume en todo caso.

II. RESPONSABILIDAD POR EL HECHO AJENO

212. Principio. Por regla general, sólo se responde de su propio delito o cuasidelito o del cometido por una persona de quien se es heredero (art. 2316).²

¹ La culpa del peatón se presume sólo si el accidente es causado por un vehículo de tracción mecánica o animal dentro del radio urbano de una ciudad, porque tales accidentes son los únicos que se contemplan en los incisos 2°, 3° y 4° del art. 492 C. P. Si el accidente es causado por un vehículo de tracción humana o fuera del radio urbano de una ciudad, la presunción del inciso final de ese artículo no rige y recobra su imperio el derecho común.

² Rev., tomo 3, 2ª parte, sec. 2ª, pág. 86 (consid. 5°); tomo 6, 2ª parte, sec. 1ª, pág. 40 (consid. 7°); tomo 25, 2ª parte, sec. 1ª, pág. 117 (consid. 8° de 2ª instancia); tomo 29, 2ª parte, sec. 1ª, pág. 542 (Corte Suprema).

Hay casos, sin embargo, en que por excepción se responde del delito o cuasidelito ajeno. Así ocurre cuando su autor está al cuidado o bajo la dependencia de otra persona a quien debe obediencia: ésta es *civilmente responsable* de ese delito o cuasidelito.

Es la idea que expresa el inc. 1° del art. 2320 cuando dice que toda persona es responsable no sólo de sus propias acciones, sino del hecho de aquellos que estuvieren a su cuidado.

213. Fundamento de esta responsabilidad. Quien tiene bajo su dependencia o cuidado a una persona que le debe obediencia, está obligado a vigilarla para que no cause daños. A veces esta obligación está impuesta expresamente por la ley, como en el caso de los padres legítimos (arts. 219 y 222) y naturales (arts. 276 y 277). Luego, si los causa, es porque aquél no empleó la debida vigilancia. Por eso, la ley *presume* su culpabilidad, con lo cual se favorece a la víctima, que queda relevada de tener que probar esa falta de vigilancia, prueba que a menudo le será difícil.¹

En realidad, es incorrecto hablar de responsabilidad por el hecho ajeno. El que tiene bajo su cuidado o dependencia a una persona que causa un daño, no responde del hecho de ésta, sino del suyo *propio*, cual es la falta de vigilancia que sobre ella debía ejercer. Su responsabilidad proviene de su propia culpa; es ésta la que la obliga a reparar ese daño, y si se habla de responsabilidad por el hecho ajeno, es porque esa culpa es la causa mediata del daño en tanto que este hecho es la inmediata.²

La responsabilidad por el hecho ajeno tiene, pues, por fundamento la culpa de la persona sobre quien pesa; pero la víctima no necesita probarla, se *presume*. En esto consiste la excepción al derecho común.³

214. Carácter general de los preceptos que rigen esta responsabilidad. La responsabilidad por el hecho ajeno constituye entre nosotros un principio de carácter general aplicable a todos los casos en que una persona natural

¹ BAUDRY-LACANTINERIE Y BARDE, obra citada, tomo IV, 3ª edición, N° 2895, pág. 593; LALOU, obra citada, N° 456, pág. 229; COLIN Y CAPITANT, obra citada, tomo II, 6ª edición, págs. 366, 367 y 386; PLANIOL Y RIPERT, obra citada, tomo VI, N° 626, pág. 854; PIRSON Y DE VILLÉ, obra citada, tomo I, N° 74, pág. 177; GARDENAT Y SALMON-RICCI, obra citada, N° 2, pág. 428; DE PAGE, obra citada, tomo II, N° 971, pág. 823; MAZEAUD, obra citada, tomo I, 2ª edición, N°s 780 a 782, págs. 690 y 691.

² BAUDRY-LACANTINERIE, obra citada, tomo II, 13ª edición, N° 714, pág. 323; LALOU, obra citada, N° 457, pág. 231; PIRSON Y DE VILLÉ, obra citada, tomo I, N° 74, pág. 178; DE PAGE, obra citada, tomo II, N° 965, pág. 820; DEMOGUE, obra citada, tomo V, N° 819 bis *in fine*, pág. 3; MAZEAUD, obra citada, tomo I, 2ª edición, N° 708, pág. 646 y N° 783, pág. 691; PLANIOL, obra citada, tomo II, 10ª edición, N° 909, pág. 318.

³ GARDENAT Y SALMON-RICCI, obra citada, N° 2, pág. 428; LALOU, obra citada, N° 456, pág. 229; MAZEAUD, obra citada, tomo I, 2ª edición, N° 708, pág. 647 y N° 783, pág. 691; PIRSON Y DE VILLÉ, obra citada, tomo I, N° 74, pág. 177; DEMOGUE, obra citada, tomo V, N° 819, pág. 1; DE PAGE, obra citada, tomo II, N° 965, pág. 820; JOSSERAND, obra citada, tomo II, 2ª edición, N° 488, pág. 264; COLIN Y CAPITANT, obra citada, tomo II, 6ª edición, págs. 367 y 386.